

**HE CONTADO TU FIDELIDAD Y TU SALVACIÓN,
NO HE NEGADO TU MISERICORDIA Y TU LEALTAD ANTE
LA GRAN ASAMBLEA. Salmo 40, 11**

MENSAJE DE CUARESMA 2011

Mons. Francisco Cases Andreu
Obispo de Canarias

Nos propusimos en este Curso Pastoral profundizar y vivenciar mejor todo lo que supone la Celebración en la Iglesia. Celebrar es vivir la cercanía y la acción de Dios en nuestras vidas; es alegrarse porque somos literalmente agraciados por los dones de Dios; celebrar es contar lo que Dios ha hecho y hace en nosotros, llenando nuestros días de sentido; celebrar es confiar en esa cercanía de Dios, que nos hace hermanos y nos congrega en una sola familia. En la Eucaristía, Presencia, Sacrificio y Banquete de Cristo, se resume y concentra toda celebración cristiana. Profundizando en la Eucaristía, personal y comunitariamente, y celebrando como la Madre Iglesia nos enseña a hacerlo, la Iglesia se renueva constantemente, resurge de su debilidad, su desgana y su confusión.

Aunque todo en la Iglesia surge de la Eucaristía y a ella nos lleva, los creyentes en Cristo podemos repasar otras muchas ocasiones y motivos inmediatos de celebración. Al iniciar el tiempo de Cuaresma invito a todos, pastores y fieles, a reflexionar y a vivir con actitud renovada la Celebración de la Misericordia de Dios en el Sacramento de la Reconciliación o Penitencia. Me parece que es evidente que se da en la Iglesia un empobrecimiento y, en algunos lugares, hasta una total ausencia de la celebración de la Penitencia Sacramental, o Sacramento de la Reconciliación. La situación nos debe hacer pensar y nos debe hacer reaccionar.

Pienso que el problema es bastante más profundo de lo que parece. No se trata únicamente del descenso o desaparición de la **praxis** de la Reconciliación sacramental, lo cual ya es suficientemente grave. Junto a este descenso o ausencia se ha producido una débil o nula presencia del **discurso público** sobre este tema. No se habla del pecado, no se habla de la salvación, no se habla de la sacramentalidad del perdón de Dios en la Iglesia. Es una pérdida para nosotros mismos. Y será un enriquecimiento contar y cantar la fidelidad y la salvación de Dios, gritar su misericordia y su lealtad ante la gran asamblea.

1.- HABLAR DEL PECADO

Hoy resulta fácil hablar del mal, pero no tanto hablar del pecado. El mal ilo tenemos tan cercano, y nos afecta tanto! Las consecuencias de la crisis económica, la corrupción, el terrorismo, la violencia doméstica, la droga, la emigración y sus muertes en la noche del océano, el paro, las crisis familiares... Hoy resulta fácil hablar del mal. Pero no nos gusta hablar

ni oír hablar del pecado. ¿Dónde está la diferencia? Al hablar del mal pensamos en la **fatalidad**, o en las consecuencias inevitables del progreso, o en las responsabilidades de terceros, que siempre terminamos encontrando como culpables de que este mundo no funcione. Pero el mal no siempre es una fatalidad. El mal existe porque existe la **responsabilidad**, la mía y la tuya, y porque existe la desobediencia, la mía y la tuya, la negativa a escuchar la voz de Dios. Nos cuesta asumir que no sólo existe el mal, sino el pecado. Y nos cuesta asumir que no sólo existe el pecado, sino que existe **mi** pecado. Nos cuesta aceptar que yo soy pecador porque soy responsable del mal que he hecho surgir o he permitido que surja en esos cuatro metros cuadrados en los que se desenvuelve mi vida. Necesitamos retomar el tema del pecado en la catequesis y en la homilía, en la charla formativa y en la conversación de ayuda pastoral.

Los primeros capítulos del Génesis contienen una profunda catequesis sobre el pecado. Nos muestran al hombre que no ha querido escuchar la voz de Dios, que se esconde de Él, que le huye. Y por ello lo que antes fue palabra de amigo en el jardín, ahora es sólo ruido que produce miedo. Y la palabra del Padre llama al hombre para situarlo ante su responsabilidad. Dios muestra al hombre el origen de su mal -su negativa a escuchar- y las consecuencias del mal que ha desencadenado. El pecado es no obedecer, no querer escuchar, es querer montar la vida, el mundo, prescindiendo de lo que Dios ha previsto como sentido de cada cosa. El pecado es no amar, es no ver a Dios ni ver que todo nos viene de él, es no ver al hermano, o no ver sus necesidades, o no verlo como hermano, sino como mi adversario o mi servidor. El pecado es prescindir de Dios, olvidar a Dios, eliminar a Dios de la vida. Y el pecado es no confiar, desesperar.

2.- HABLAR DE LA SALVACIÓN

El discurso sobre el pecado, en creyente, tiene que vincularse en seguida al tema de la **salvación**. De otra forma, al aceptar nuestra condición pecadora, nos ahogaríamos en la desesperanza o la desesperación. Hay remedio, hay salida, hay salvación. *'Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia'* (Rom 5, 20). Yo, que soy pecador, necesito salvación y puedo ser salvado. El tema de la salvación es el tema central de la religión y del cristianismo, aunque a veces no sepamos qué hacer con él, reduciéndolo o confundiéndolo. Y lo reducimos y lo confundimos cuando sólo buscamos o esperamos la salvación de los males penúltimos o intermedios: la enfermedad, la limitación económica, la dificultad del momento... El ángel del Señor explica a José que María, su mujer, dará a luz un hijo, y que él *'le pondrá por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados'* (Mat 1, 21). *'Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador'* anuncian los ángeles a los pastores; y Simeón, prevenido por el Espíritu, se llena de paz *'porque mis ojos han visto a tu Salvador'* (Luc 2, 30). Necesitamos una catequesis, un mensaje público sobre la salvación. Volviendo a las primeras páginas del Génesis, vemos que Dios enfrenta al hombre con su responsabilidad, pero también le **ofrece su promesa de salvación**. No serviría de nada mostrar de dónde brota el mal y a dónde lleva, si no se anuncia que ese mal del hombre no es la palabra definitiva.

La voz del Padre es anuncio de gracia, de victoria sobre ese mal. Si el pecado del mundo no ha sido una fatalidad del progreso, sino que ha nacido del corazón de Adán, confundido y ambicioso, la vida del mundo nacerá también de un corazón humano. La descendencia de la nueva Eva, Cristo, derrotará al linaje de la serpiente primordial. Una desobediencia, una negativa a escuchar, trajo y trae el mal al mundo, el único verdadero mal que es el pecado. Una obediencia, una disponibilidad total a escuchar y a hacer la voluntad de Dios, trae la gracia y la salvación al mundo y lo llena de alegría y de paz.

Y esa obediencia, esa disponibilidad total a escuchar, la obediencia de Cristo, Hijo del Padre, nos salva, nos redime. Nos salva del único verdadero mal que hay en el mundo que es el pecado. No salva la ciencia, no salvan las estructuras de progreso, no salvan las leyes, no salva la razón herida. En esta enorme máquina del mundo, que funciona y chirría, que avanza y aplasta, la pieza que necesita el verdadero y definitivo ajuste es el corazón humano. La obediencia de Cristo nos salva y nos redime. Y nos salva porque transforma nuestro corazón rebelde en corazón dócil, un corazón que sabe escuchar y que dice: aquí estoy para hacer tu voluntad.

3.- HABLAR DE LA RECONCILIACIÓN SACRAMENTAL Y CELEBRAR EL SACRAMENTO DE LA MISERICORDIA

La salvación, que es don de Dios ganado por Cristo, llega a nosotros por los Sacramentos de Cristo, en su Iglesia. También aquí necesitamos recuperar el discurso sobre los Sacramentos de la Iglesia. Y recuperar el discurso sobre la salvación del pecado -el único y verdadero mal fundamental del ser humano-, en la misericordia de Dios que nos alcanza en el perdón ofrecido por la Iglesia en el Sacramento. *"Se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor al hombre"* (Tito 3, 4). Y sigue manifestándose y sigue alcanzando hoy al hombre pecador.

La ley de la Encarnación sigue presente en la Iglesia. Esta larga pero hermosa cita del abad del monasterio de Stella, el Beato Isaac (s. XII), que nos habla de cómo encontramos el perdón de Dios por medio de la Iglesia, merece ser meditada sosegadamente: *Hay dos cosas que son de la exclusiva de Dios: la honra de la confesión y el poder de perdonar. Hemos de confesarnos a él. Hemos de esperar de él el perdón. ¿Quién puede perdonar pecados, fuera de Dios? Por eso, hemos de confesar ante él. Pero, al desposarse el Omnipotente con la débil, el Altísimo con la humilde, haciendo reina a la esclava, puso en su costado a la que estaba a sus pies. Porque brotó de su costado. En él le otorgó las arras de su matrimonio. Y, del mismo modo que todo lo del Padre es del Hijo, y todo lo del Hijo es del Padre, porque por naturaleza son uno, igualmente el Esposo dio todo lo suyo a la esposa, y la esposa dio todo lo suyo al Esposo, y así la hizo uno consigo mismo y con el Padre: Este es mi deseo, dice Cristo, dirigiéndose al Padre en favor de su esposa, que ellos también sean uno en nosotros, como tú en mí y yo en ti.*

Por eso, el Esposo, que es uno con el Padre y uno con la esposa, hizo desaparecer de su esposa todo lo que halló en ella de impropio, lo clavó en

la cruz y en ella expió todos los pecados de la esposa. Todo lo borró por el madero. Tomó sobre sí lo que era propio de la naturaleza de la esposa y se revistió de ello; a su vez, le otorgó lo que era propio de la naturaleza divina. En efecto, hizo desaparecer lo que era diabólico, tomó sobre sí lo que era humano y comunicó lo divino. Y así es del Esposo todo lo de la esposa. Por eso, el que no cometió pecado y en cuya boca no se halló engaño pudo muy bien decir: Misericordia, Señor, que desfallezco. De esta manera, participa él en la debilidad y en el llanto de su esposa, y todo resulta común entre el esposo y la esposa, incluso el honor de recibir la confesión y el poder de perdonar los pecados; por ello dice: Ve a presentarte al sacerdote.

Nada podría perdonar la Iglesia sin Cristo: nada quiere perdonar Cristo sin la Iglesia. Nada puede perdonar la Iglesia, sino al que se arrepiente, o sea, al que ha sido tocado por Cristo. Nada quiere mantener perdonado Cristo al que desprecia a la Iglesia. Pues lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. (Sermón 11: PL 194, 1728-1729)

Necesitamos traducir en iniciativas concretas en este tiempo de Cuaresma esta recuperación de la praxis y del discurso público sobre el pecado, sobre la salvación y sobre la Penitencia sacramental. Seguro que el Espíritu del Señor tocará nuestros corazones y nos hará encontrar las fórmulas concretas para realizar esta tarea. Así haremos realidad las palabras del salmo: *"He contado tu fidelidad y tu salvación, no he negado tu misericordia y tu lealtad ante la gran asamblea"* (Salmo 40, 11). Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

† Francisco, Obispo